

## La visita de Rigoberta Menchú y el micrófono traicionero

Carmen Berenguer

Llegó a Chile el mito viviente del genocidio en Latinoamérica. Mito, porque eso es Rigoberta Menchú mujer y etnia, doble castigo representante de su pueblo maya. Mito, porque en Guatemala hubo un genocidio cruel: le asesinaron a toda su familia: madre, padre, hermanos. No quedó nadie y se levanta el discurso testimonial de su pueblo a través de su historia que conmovió al mundo en los años '80.

Tenía que verla y oírla. En La casa de la mujer, La morada. Estaba lleno, sentada junto a ella se encontraba la representante de nuestro pueblo originario, Nicolaza. Era un cuadro bellissimo y lamenté no haber llevado cámara fotográfica.

Rigoberta tiene el rostro ancho y franco y una voz suave con un acento de las frondas guatemaltecas, traspasado al castellano internacionalizado, donde se le entremezcla aún, el viento de la imperecedera ruina maya.

Llevaba un chaleco grande con urdimbre artesanal de, imaginó, mil tejedoras del pueblo maya. Un chamanto hecho con frucción de colores gris y blanco y un cintillo maya a telar donde unos pájaros originales cantaban y se paraban de flora en flora. No había ningún punto descornado en la hazaña del tejido y una marca dibujada con la palabra: Identidad.

A su lado, la hermana de Nicolaza, Berta Quiltreman. Las dos hermanas son la misma causa: representantes de nuestra etnia. Se veía pequeña, con un rostro curtido por el sol, dos ojos negros vivos que detrás de unas cejas rasantes fulminaban con una mirada salida de las profundidades de la lucha en el bosque nativo del Bío-Bío. Dos pómulos altos y agudos como puntas de un risco pintados y separados por una nariz aguileña, y luego una boca pequeña con un rojo cardenal dándole el colorido de una pájara pinta de acá del sur.

Vestía asimismo de singular manera, la marca de la identidad se descorría de un punto de la mirada a otro, y a ratos se fijaba en el respunte negro del cuello blanco con puntas redondeadas de una blusa de principios de siglo, y de los hombros salían dos pompones rojos, al parecer de lana. El chaleco era a rayas con los colores de un chuyo boliviano, el delantal negro de paño europeo, la falda era oscura porque se me escapaba debajo de la mesa. Coronaba su cabeza un pañuelo calipso taiwanés.

Mis ojos se fijaban en esto y aquello, para finalmente detenerme en el collar trapelacuche, firma identitaria del pueblo mapuche, en un traje transcultural.

Era la hora de la resolana. Ambas son presentadas con un gran prontuario, aplausos, pausa y la palabra la tiene la Nobel de la Paz, con un muy ordenado discurso, sobre todo, la crisis actual, los eventos recientes del 11 de septiembre, los genocidios mundiales y sus efectos colaterales. Las propuestas locales, en fin... todo. Incluso, poniendo su propio acento acerca de las órdenes del Imperio por la boca del presidente George Bush Jr.: –O estás con los terroristas o estás con nosotros–. Mensaje amenazante sin duda, que Rigoberta Menchú pone en duda, como discurso “de la doble moral norteamericana”.

Ahora es el turno de la Berta. Comienza hablando en mapudungún, donde es dueña del territorio aunque sea solo en esta conferencia. Sigue hablando en su idioma y nos hace sentirnos avergonzados, porque no sabemos qué dice, qué nos está diciendo, y nos sentimos analfabetos. No sabemos la lengua, nos maldice sin que lo sepamos. Ese gesto nos pone en el lugar de los winkas. En ese significativo gesto nos blanquea, en el decir de la lengua que no sabemos. Luego como en un trance nos susurra apenas la lengua del conquistador, como si no quisiera hablarla, se resiste en el tono bajo, apenas audible, y otra vez alguien le dice: “¡Más fuerte!” “Si quiere escucharme –contesta molesta–, ¡Acérquese!”. Y sigue imperturbable susurrando en la lengua hispánica. “Use el micrófono” –dice otra voz y entonces se para, y más molesta aún contesta–, “el micrófono es traicionero”.

Esa sola y maravillosa frase en castellano resume todo el discurso por la paz. La palabra traición asoma con toda su potencia, para dar vuelta, poner en revés lo que allí se estaba hablando. Es el reverso de una paz traicionada por siglos hasta su perdición.

¡Qué tarde!

No podemos adjudicarle al objeto micrófono su perversión intrínseca, sino aquello que la voz trae consigo. Traslada su magnificación vía audición, donde la voz viaja adulterada, transita doble, y en su doblez, se traiciona al mismo tiempo, en inflexiones, imperfección en lo que se quiere decir y no dice, lo que dice y no quieren que diga. Doble tráfico de la palabra: como moneda de cambio que será traicionada.

Ella lo sabe, y prefiere que no oigan su traición de hablar la lengua maldita. La lengua que la engañó. Ella lo sabe, en su resistencia, a la palabra de la paz, en nombre de la paz, como en el nombre de cualquier cosa representacional, resiste, desconfía y prefiere quedar como lesa, hablando bajo y susurrando una lengua representacional de la conquista.... y que nadie la escuche, menos por el micrófono que la delata.

¡Qué tarde!

Acto seguido, Rigoberta Menchú tomó la palabra para decir que hoy día los esencialismos, ya sean fundamentalistas religiosos o de posiciones más radicales, son peligrosos para el mundo que precisa entenderse a través del diálogo y de la comunicación.

A la pregunta sobre la diversidad sexual, respondió acerca de la diversidad en general y del respeto a ser diferente, como saber de la existencia de otro. Que había que aprender a respetar al otro. Yo tengo un hijo que quiere ser carabinero, y qué le voy hacer, pues. A la organización de empleadas domésticas les dijo: "Yo sé lo que es eso, yo trabajé en una casa particular, y aprendí muchas cosas, como cocinar y tejer".

Sobre ella, se ha dicho mucho, cosas buenas y no tan buenas, algunas vertidas por la CIA, porque se ha convertido en un personaje clave que ha denunciado las incursiones de intervención de los Estados Unidos en América Central, dejando un desolado campo de muerte y tortura, que luego se aplicaría con éxito en el Cono Sur.

Pero el punto inicial de mi relato fue escuchar a dos mujeres que defienden el espacio étnico hoy, en el marco de la globalización del planeta, en el marco de roce Norte-Sur, en un nuevo orden que tiene que ajustar su discurso políticamente correctamente, para reordenarlo, especialmente después del 11 de septiembre.

Rigoberta Menchú, quien hablaba solo la lengua maya cuando ocurrió el genocidio campesino étnico en Guatemala, tuvo que aprender rápido la lengua hispánica, habiendo sido analfabeta para la ley del logos. Tuvo que entender una nomenclatura totalmente desconocida por ella, el lenguaje de una ley universal de los derechos humanos. Aprender toda una jurisdicción, para defender su lengua. Y en ese cambio, ha sido una traductora de esa experiencia, y por esa particular razón, ella tuvo que dar un salto, un salto de lenguas que la convierte en la gran traductora de las lenguas originarias, para su pacificación. Pacificación homogeneizante, pacificación que obedece al discurso global. Aunque ella, inteligente, se sale de madre, pidiéndole al dueño del mundo que se revise, intentando menearse en las dos lenguas. Difícil misión, que la Nicolaza supo poner en tensión, cuando dijo que el micrófono es traicionero.

Y a ella, nadie le hizo una pregunta, tuvo que soportar el calor, parada enhiesta, con una mirada implacable para sostener su resistencia mal leída por los winkas que invadían el espacio autorizado que representa la Premio Nobel de la Paz en la mujer-india.

¡Qué tarde!